

## LAS DESVENTURAS ESCOLARES DE SIR WINSTON CHURCHILL.

Por Antonio VILLANUEVA.

(Publicado en la revista *Apuntes. CPR de Calatayud*, nº 4. Curso 1996-1997, primer trimestre. Segunda época. Calatayud, CPR, 1996. ISSN 1131-5938)

Aunque parezca mentira, el señor Churchill (1874-1965), famoso político inglés, no nació primer ministro ni fumaba puros al nacer. Sus biógrafos han verificado que aquel 30 de noviembre de 1874, día de su nacimiento, no llevaba traje ni paraguas ni bombín. Y a pesar de su estricta ideología conservadora, el bueno de Winston nació en ..., como cualquier hijo de vecino. Pero, eso sí, claro, nació en un palacio, en el muy suntuoso palacio de Blenheim, cerca de Oxford, como buen cachorro de la alta aristocracia británica.

Tampoco llevaba puesto el título de *Sir*, que aquello fue cosa de Su Graciosa Majestad quien, para hacer la gracia, lo nombró Caballero de la Orden de la Jarretera en 1953, el mismo año en que la Academia Sueca le concedió el premio Nobel de Literatura.

Digo todo esto porque, como voy a hablar del Churchill estudiante, a lo mejor te parecía, lector amigo, que no pensábamos en la misma persona y que ese señor que sale en los libros, pues como que no había tenido infancia el pobrecito y que siempre había sido mayor y con puro. Que no, hombre, que no. Hete aquí que hasta Churchill tuvo infancia y, como tierno infante, al colegio que fue el niño, aunque privado --faltaría más-- como le gusta a la Ministra de Educación y Cultura.

El gordito Winnie ha pasado a la historia de la retórica como modelo de mordacidad. Gran parte de su vida se la pasó haciendo frases, como aquella de que *la democracia es el menos malo de los sistemas políticos*, por lo que sus secretarios temblaban cada vez que abría la boca, seguros de que iba a decirles: *¡Ésta, apúntala! ¡Para la posteridad!* Y los pobres, venga, apunta que te apuntará.

Cuando no hacía frases, Churchill hacía informes. Para la Reina, para el Gabinete o para su periquito, Toby, que siempre iba con él en sus viajes. Y si los electores le negaban acta de diputado, entonces el león inglés hacía libros. Afortunadamente, pocas veces perdió las elecciones y el nieto del duque de Malborough fue político de profesión la mayor parte de su vida. Afortunadamente, digo, para la política. Y para la literatura.

En su autobiografía, *My Early Life*<sup>1</sup>, Churchill nos cuenta, con su ironía

<sup>1</sup> Publicada por Hamlyn Publishing Group Ltd. El fragmento aludido en este artículo está tomado

habitual, su primer día de clase. Un día y una clase que sirvieron para que el insigne estadista le cogiera tal manía al latín que ya nunca pudo superarla. A lo mejor, por compensar, de ahí le viene su gusto por hacer frases.

¿Cómo es posible que tan brillante orador, un hombre tan amante de la historia y las humanidades, famoso por su memoria prodigiosa, literato, lector infatigable, un político de altura --normalita, sin contar el puro-- y talla --más bien oronda--, en quien más de una vez se ha querido ver la reencarnación del mismísimo Julio César, sintiera tal repulsión por el latín? Él mismo nos lo cuenta en su autobiográfico libro. Los métodos de enseñanza no eran, en aquel tiempo, precisamente sutiles. Ni sus profesores eran un prodigio de buen hacer. Escuchemos su historia.

Era Winston *siete años viejo*, quiero decir que tenía siete años de edad. Sus padres, Lord Randolph Churchill y Jeanette Jerome (norteamericana, hija del financiero y propietario del *New York Times*), habían seleccionado para la educación de tan noble vástago uno de los establecimientos más caros y más a la moda de todo el país:

*Se suponía que era la última cosa en escuelas. Sólo diez chicos por clase; luz eléctrica (entonces, una maravilla); piscina; espaciosos campos de fútbol y cricket; dos o tres premios escolares (...) cada trimestre; los profesores todos Master de Arte, con togas y birretes.*

En fin, todo preludiaba que el muchacho recibiría una excelente educación. Pero... Winnie llegó al colegio en *una fría tarde de noviembre*, y las tardes de noviembre siempre acaban mal.

*Tomamos té con el Director, con quien mi madre conversaba de la manera más agradable. Yo estaba preocupado con el temor de dejar caer mi gorra y hacer así 'un mal comienzo'.*

Pero, claro, el mal comienzo ya lo había tenido Churchill llegando en noviembre, y lo que mal anda... El chico se entristecía pensando en quedarse solo en aquel lugar enorme, lleno de extraños. A su mente venían los recuerdos de la infancia:

*(...) había sido tan feliz en la guardería con todos mis juguetes. Tenía unos juguetes tan maravillosos: una máquina de vapor real, una linterna mágica y una colección de soldados ya tremendamente*

de *Headway advanced. Student's book*, de John y Liz Soars. Oxford, Oxford University Press, 1995, p. 14. La traducción del original en inglés, más o menos desgraciada, es culpa únicamente del autor de estas líneas. Ruego absolución.

*cercana a los cien. Ahora iban a ser todo lecciones. Siete u ocho horas de lecciones cada día, excepto en vacaciones, y fútbol y cricket por añadidura.*

E irremediablemente, Winston se quedó solo. Su mamá se fue y el futuro soldado de Su Graciosa Majestad, *mamá, llévame contigo*, allí, abandonado, rodeado por el enemigo. El Director lo llevó a una sala y le mandó sentarse en un pupitre. Allí estaba el profesor de Latín. No había nadie más. Los demás alumnos estaban afuera, en el patio o en los pasillos. El Director se fue. Y Churchill y *el Latino* se quedaron solos. *El Latino* le entregó un libro verdusco-amarronado.

*--No has hecho Latín antes, ¿no es cierto? --dijo.*

*--No, señor.*

*--Ésta es una gramática latina --abrió una página muy sobada--. Tú debes aprender esto --dijo, señalando a un número de palabras en un marco de líneas--. Volveré en media hora y veré lo que sabes.*

Y allí se quedó aquel doliente corazón, en una oscura tarde de noviembre -- ¡ay, las tardes de noviembre!--, sentado frente a la Primera Declinación.

Mensa	una mesa
Mensa	¡oh, mesa!
Mensam	una mesa
Mensae	de la mesa
Mensae	a o para una mesa
Mensa	alrededor, con o desde una mesa.

*¿Qué diablos significaba? ¿Dónde estaba el sentido de aquello? Me parecía un absoluto galimatías. Sin embargo, había una cosa que siempre podía hacer: podía aprenderlo de memoria. Y así procedería, tan pronto como mis penas personales me lo permitieran, a memorizar la tarea que me habían puesto.*

Y Winnie empezó así a servirse de su prodigiosa memoria, aunque ignorando absolutamente qué estaba aprendiendo.

*A su debido tiempo, el profesor volvió.*

*--¿Lo has aprendido? --preguntó.*

*--Creo que puedo decirlo, señor --repliqué; y cotorroé la Declinación en voz alta..*

*Parecía tan satisfecho con esto que yo estaba envalentonado para hacer una pregunta.*

¡Uuufff! ¡Pero qué mal iba a acabar aquella *fría tarde de noviembre*! Winston ignoraba que lo de hacer preguntas al profesor no estaba demasiado bien visto en el sistema educativo inglés de la época. Y pasó lo que tenía que pasar.

--¿*Qué significa, señor?*

--*Significa lo que dice. Mensa, una mesa. Mensa es un nombre de la Primera Declinación. Hay cinco declinaciones. Tú has aprendido el singular de la Primera Declinación.*

--*Pero --repetí--, ¿qué significa?*

--*Mensa significa una mesa --respondió.*

--*Entonces, ¿por qué mensa también significa ¡oh, mesa! --inquirí-- y qué significa ¡oh, mesa!?*

--*Mensa, ¡oh, mesa!, es el caso vocativo --respondió.*

--*Pero, ¿por qué ¡oh, mesa!?* --*persistí con ingenua curiosidad.*

--*¡Oh, mesa! Usarías esto dirigiéndote a una mesa, invocando una mesa. (...) Usarías esto hablando a una mesa.*

--*Pero yo nunca lo haré --dejé escapar con honesta sorpresa.*

--*Si eres impertinente, serás castigado, y castigado, déjame decírtelo, muy severamente --fue su concluyente respuesta.*

En fin, el caso es bastante ilustrativo del fracaso de un sistema escolar. Incluso a un alumno con unas dotes fuera de lo común, a un Winnie naturalmente inclinado a la retórica (para pedir el biberón, ya hacía discursos), la literatura y las humanidades, se le atraganta una asignatura, el Latín, por la torpeza de sus profesores. El ejemplo de Churchill ilustra a la perfección la importancia de aprender significativamente, partiendo del nivel real del alumno, contextualizando adecuadamente el aprendizaje y verificando que la comunicación profesor-alumno no se ha interrumpido. Churchill nunca superó su aversión por el Latín. Y tras contarnos su peripecia escolar, añade socarronamente, muy *a la inglesa*:

*Tal fue mi primera introducción a las formas clásicas, de las cuales, se me dijo, muchos de nuestros más inteligentes hombres han derivado tanto solaz y provecho.*

Por lo que se ve, Winston Churchill sólo pudo derivar, de aquella introducción, una aversión insuperable a los autores clásicos.